

LA MUJER EN SUS OFICIOS



PRIMAVERA de 1820. Bajo el radiante sol de la Toscana se abren las rosas, danzan las mariposas, desgranán su cadencia de plata las campanas en los altos campaniles poblados de cigüeñas. Una de éstas, de recias alas y grácil vuelo en zig-zag entre las torres, lleva en su pico hasta el jardín de altos cipreses de la «villa» florentina, en que beben la luz meridional los ojos ávidos de una joven pareja de aristócratas británicos, la leve carga de una niña rubia y sonrosada como un ángel de tabla primitiva. Es el 15 de mayo. Y Flo-

rencia es tan bella en ese mes perfumado, que el honorable caballero británico Nightingale y su esposa deciden poner su sonoro nombre a la recién nacida. (Otra hija llevará el de Parthenope, en recuerdo de Nápoles, que en otra ocasión de huída de las lúgubres nieblas de Albión les sirviera de refugio.)

Florencia Nightingale es, desde que rompe a hablar y andar, melancólica y cantarina, como corresponde a su nombre y a su apellido, que quiere decir ruiseñor. Despierta, inteligente, llena de curiosidad, aprende de su padre y del paisaje que la